

Primer Domingo de Adviento – Ciclo A

¿Siempre preparados...para el combate de la luz contra las tinieblas?

Entramos hoy en el tiempo del Adviento (el evento, lo que se prepara, lo que viene). Es el comienzo de un nuevo año litúrgico. Los 3 primeros domingos van a orientarnos hacia la espera del segundo evento de Cristo que concluirá la historia del mundo y de la humanidad. Este evento de Cristo tiene que ver con todos los seres humanos, incluyendo aquellos que no lo saben. Como creyentes, tenemos la misión de ser testigos de esta espera a lo largo de las 4 semanas que nos preparan para la Navidad. No se trata de preparar una fiesta que olvida lo esencial sino más bien de permanecer vigilantes, despiertos.

Las tres lecturas bíblicas de este domingo nos invitan a cambiar nuestra mirada sobre los tiempos que vivimos. Ellas nos recuerdan el objetivo último, la meta de los creyentes. El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob que se reveló (se dio a conocer) a Moisés es el Dios de todos los pueblos. En el nombre de esta fe, el profeta Isaías nos anuncia que un día vendrá en que todas las naciones volverán sus ojos hacia Jerusalén. Esta ciudad se convertirá en el signo de la salvación universal. La paz habrá reemplazado a la guerra. Todas las naciones vendrán a celebrar la paz y la alegría. Y nosotros nos preparamos para ello en el día a día caminando bajo "la luz del Señor".

Es este mismo mensaje que San Pablo dirige también a los cristianos de Roma y a cada uno de nosotros hoy. Él nos invita a una intensificación de la vida cristiana. En su tiempo, en la época del apóstol se esperaba el regreso inminente del Señor en la gloria. Los años han pasado y nada ha venido; nada de manifestación gloriosa de Cristo resucitado. Entonces, el apóstol recomienda a todos una vigilancia activa para prepararse al encuentro del Señor. Pues *"la salvación está más cerca de nosotros que cuando abrazamos la fe. La noche está avanzada, el día está cerca: dejemos, pues, las obras de las tinieblas y pongámonos las armas de la luz."* Mientras esperamos, somos invitados a revestirnos de Jesucristo y a mantenernos preparados, listos en la perseverancia.

Escuchando el evangelio, hemos pensado quizás en todas las arcas de Noé actuales, representadas en nuestros almacenes y tiendas. Desde los peluches hasta los dispositivos, juguetes electrónicos, es un verdadero diluvio de gentileza, de dulzura y de ensueño el que se prepara. Pero el evangelio nos habla de otro diluvio, aquel que se ha quedado impreso en las memorias como una catástrofe. La Biblia nos cuenta cómo Noé es testigo de la subida inexorable de las aguas. Él había tomado sus prevenciones. Pero la gente que no la creyó, que no pusieron atención a las advertencias de la inminente catástrofe, perecieron, y fueron sepultados bajo el agua.

Todo esto nos reenvía a lo que sucede en nuestras ciudades inundadas de luces en plena noche, invadidas por el verdor de los árboles navideños y por la música ruidosa, sinsentido y comercial: muchos no piensan más que en otra cosa, en los

tiempos de fiesta y de rumba y de diversión. Pero un día ocurrirá el accidente, lo inesperado, la catástrofe, la violencia terrorista: "Estén despiertos", nos dice Jesús, estén ustedes también preparados". Nosotros sabemos todos que no podemos adormilarnos mientras conducimos el carro, o si no es la catástrofe que llega. No corramos el riesgo de dormirnos sobre el volante o cabrilla de nuestra vida.

Jesús insiste: "Estén ustedes también preparados". No se dejen distraer. No pierdan su oportunidad. Tenemos una nueva Arca de Noe: es la comunidad de los bautizados y ella es todavía accesible. Todas las familias de la tierra están invitadas a caminar bajo la luz del Señor. Nosotros nos entrenamos en nuestras asambleas con nuestros cantos, nuestras oraciones. Es acá dentro de la Iglesia que se ejerce la vigilancia pedida. Es acá donde nos vestimos y preparamos para el combate de la luz.

Queridos hermanos, vigilar es actuar, esforzándonos por cambiar todo aquello que debe ser transformado en nuestra vida; es rechazar todas las formas de egoísmo y de indiferencia; es renunciar a los comportamientos que nos alejan de Dios y de los otros. Pero lo más importante, es revestir a Cristo y dejarnos habitar por el amor y la luz que están en Él. Navidad es Jesús que ha venido; Él continúa viniendo en nuestra vida de todos los días y Él volverá en la Gloria. Hoy más que nunca, es necesario que lo pongamos a Él, a Jesús, en el centro de nuestras vidas de nuestra oración. De hecho, Él está aquí, pero sucede a menudo que somos nosotros quienes estamos lejos, en otro lado, distraídos. Nosotros estamos siempre fuera agitándonos y corriendo en todos los sentidos. Este primer domingo de Adviento está aquí para recordarnos que somos hijos de Dios. Esto cambia todo en nuestra vida de todos los días.

La Eucaristía que nos reúne, es todavía y siempre Cristo que viene. Él quiere quedarse con nosotros y en nosotros hasta el fin de los tiempos. Entre más participemos en la Eucaristía, más revestiremos a Cristo. Él quiere que estemos con Él para compartir la eternidad.

"Concede a tus fieles, Dios Todopoderoso de caminar con valentía y decisión sobre los caminos de la justicia, mientras vamos al encuentro de tu Hijo Jesucristo Nuestro Señor. ¡Amén!"

P. Gustavo Quiceno Jaramillo

Noviembre 24 del 2022